

La cámara

Miré a mi alrededor, no había escapatoria posible.

Los muros eran sólidos, macizas masas de roca de al menos un metro de espesor. Tras ellas otro metro más de durinio, directamente traído de las minas de Júpiter (ser asquerosamente rico tiene sus beneficios), descartaba toda posibilidad de salir por ahí.

El techo, una gruesa placa de acero, de cincuenta centímetros de espesor, con al menos un metro mas de durinio sobre el, flotaba a no mas de 10 centímetros sobre mi cabeza.

Revisé los bordes de mi cámara de suplicios para ver si había alguna alternativa, algún modo de escapar de una muerte segura y horrible.

En todo el perímetro de la habitación circular, de solo un par de metros de diámetro se ubicaban los proyectores láser, delgados lápices cromados que al ser activados cortarían carne, hueso y metal como si fuera una barra de manteca. Conté 70, en todo el perímetro, hasta que me aburrí y concentré mi atención a otros temas.

En el centro estaba la mesa, similar a una camilla, anatómica (como si a quien estaba por morir le pudiera molestar la rigidez del metal bajo su espalda), con infinidad de jeringas, instrumentos y monitores. Siempre he dicho que no hay nada tan útil como un monitor de computadora que con todos sus gráficos y señales te dice: "Usted está muriendo exitosamente" o "Muerte completa en un 78%, aguarde por favor...".

Pero la camilla era solo una formalidad. La dejaron instalada por si sucumbía al pánico y decidía morir rápidamente y sin dolor, antes de ser despedazado sin misericordia por los laser de las paredes.

Bien, sigamos con lo nuestro, las paredes descartadas y el techo también, me arrodillé y comencé a palpar las juntas del piso. Una de las baldosas de cerámica estaba floja, logré introducir la punta de una pequeña navaja y la levanté. Debajo encontré un segundo piso, metálico, tachonado con infinidad de pequeños orificios, de no mas de un par de milímetros de diámetro.

Me acerca a ellos un poco mas para tratar de descubrir su finalidad y mi olfato me brindó la respuesta. Gas. No pude distinguir cual, pero eso era irrelevante. Intuía su cometido. Estaba en un crematorio amoblado.

Miré el reloj de la pared. Faltaban solamente dos minutos para la hora indicada. Debía decidir, rápido. Se me ocurrió una idea brillante. Según las indicaciones, los líquidos de la camilla deberían acabar con mi vida en tan solo 60 segundos, así que comencé los preparativos deseando llegar a tiempo.

La sonda se insertó en mi brazo casi como si hubiera estado esperando el momento. La frialdad de la aguja me sobresaltó y el dolor fué hasta bienvenido, "si te duele es señal que estás vivo" me habían dicho alguna vez.

Abrí la primera válvula, "Allium sativum(*)" decía la etiqueta. Sin esperar un segundo abrí la otra, "Argentum serum(**)" y esperé lo inevitable, con esperanza.

Mi brazo comenzó a congelarse y quemarse, alternadamente, al compás de mi corazón. Cada bombeo era una aguja al rojo que se insertaba en mi carne, seguida de un frío glacial que lo único que lograba era amplificar mis sensaciones.

Miré el reloj, no iba a llegar a tiempo. Me faltaban al menos 40 segundos y el reloj ya marcaba cero.

Lo de los laser fué maravilloso, casi como una coreografía. Todos apuntaron al centro de la habitación circular y comenzaron a alejarse, lenta y simétricamente. El primero tocó mi pié cuando en los monitores de la camilla aún faltaban 30 segundos.

El común denominador de la gente cree que las heridas de laser no sangran, porque la temperatura cauteriza las venas. Es medianamente cierto. Pero también

es cierto que el calor hace hervir la sangre y en las venas más grandes no hay tiempo de que la herida cauterice. Resumiendo, la habitación no estaba quedando muy presentable luego de los primeros impactos.

Si hubo algo que me sorprendió, nunca pensé que un haz de luz tuviera peso. Pero cada uno de los impactos se sentía como un martillazo, en mis piernas primero, subiendo lentamente, hacia mi pecho.

La vista se me nublaba, no se si por las microscópicas gotas de sangre que flotaban en el ambiente o porque los líquidos de la camilla estaban comenzando a surtir su efecto.

Era el momento adecuado para un final a toda orquesta. Y el maestro de ceremonias lo hizo de manera magistral. El piso completo se encendió con una llama azul, hermosa, que danzaba alrededor de mi camilla. Apenas pude atisbar el reloj que marcaba cero.

Era maravilloso, rodeado de llamas y sin embargo mi cuerpo era un témpano de hielo. Alcancé a vislumbrar girones de carne que caían de mis miembros, dejando al descubierto los huesos que pronto serían limpiados por las llamas. Casi podía escuchar mi corazón esforzándose por bombear vida a cada rincón de mi torturado cuerpo.

El tiempo se acababa, parecía que esta vez si había cubierto todos los detalles. Cerré los ojos, buscando la paz de la oscuridad eterna. Pero duró poco, sólo hasta que el increíble calor quemó mis párpados y me dejó mirando al núcleo de un sol ardiente. Luego el tiempo se detuvo. No sé cuanto tiempo estuve así.

Entonces me dí cuenta, algo estaba funcionando mal. Aún sentía el dolor. Pero era imposible sobrevivir a la camara de las torturas. ¿ Qué diablos estaba pasando ? ¿ Es esto normal ? Honestamente no lo sabía, no había muerto nunca antes.

Las brumas se disiparon y me mostraron los calcinados despojos que habían sido mi cuerpo. Jirones de carne chamuscada se desprendían de los huesos para dar paso a nuevos tejidos, rosados, sanos.

Oí un ruido conocido y clavé las inexpresivas cuencas de mi calavera en el techo, que comenzaba a abrirse.

La nave de seguridad flotaba sobre la instalación de exterminio emitiendo solo el leve zumbido que las hacía tan pintorescas. Como un gigantesco moscardón dorado. Me quedé absolutamente quieto. Desde ahí arriba no podían suponer que el horrible despojo sobre la camilla estuviera vivo. Se fueron.

Me levanté lentamente. No es fácil moverse con músculos tan delgados como hilos. Me iba a llevar mucho tiempo sanar esta vez, pero casi lo había logrado.

La frustración me invadió nuevamente. Levantando una huesuda mano maldije al cielo vacío.

— ¡Idiotas! ¡Estúpidos incompetentes! — hay que reconocerme esto, soy habilidoso, es muy complicado maldecir coherentemente sin un buen par de pulmones — ¡Estamos en pleno siglo XXVII y aún no han descubierto como matar a un vampiro con seguridad!

Las puertas de la camara se habían abierto para los equipos de limpieza que no tardarían en llegar.

Salí lentamente, tenía que buscar un lugar para descansar un par de siglos. Quizá en el año 3000 alguien supiera como brindarme el descanso eterno que anhelo.

FIN

(*) Nombre científico del ajo común

(**) Trata de indicar un suero a base de mineral de plata